

El Espíritu Santo en Francisco

Víctor Codina, S. J.

Ante la pregunta que muchos se hacen sobre si Francisco es realmente teólogo, pregunta que muchas veces nace de la sospecha o incluso de la acusación de su incompetencia en teología, es necesaria una aclaración de conceptos y de términos.

Para ello, acudimos a un conocido texto de santo Tomás de Aquino, en el cual distingue dos cátedras en la Iglesia: la *cathedra pastoralis*, de los pastores que ejercen el ministerio ordenado jerárquico, singularmente, los obispos y el papa; y la *cathedra magistralis*, de los teólogos y doctores, profesores de las universidades de la Iglesia¹. Estos magisterios no son paralelos, sino convergentes. A veces se identifican, como en muchos padres de la Iglesia; otras veces no, y siempre ha habido tensiones entre ambos, que, como afirma Newman, bien llevadas conducen a un mutuo enriquecimiento y equilibrio.

Esto supuesto, aunque el joven jesuita Jorge Mario Bergoglio por algún tiempo enseñó teología pastoral en la facultad de teología de los jesuitas de San Miguel, en Buenos Aires, nunca fue un académico profesional de la filosofía y la teología. A diferencia del filósofo Karol Wojtyla y del teólogo Joseph Ratzinger, sus inmediatos predecesores en el pontificado, Bergoglio fue ante todo un pastor.

El papa Francisco no ejerce la cátedra magisterial, sino la cátedra pastoral, en continuidad con su magisterio pastoral como obispo y cardenal de Buenos Aires. Su actuación no es la de un teólogo y un académico profesional, sino la de un pastor, que busca, ante todo, el bien espiritual del pueblo de Dios.

A partir de esta aclaración, se puede entender que la enseñanza de Francisco sobre el Espíritu Santo no es la de un académico ni la de un catedrático de pneumatología, es decir, una reflexión científica, sistemática y docta sobre el Espíritu, sino la de un pastor, preocupado por la vida en el Espíritu de su pueblo.

1. *Quodlibet* III, 9, ad 3; *In IV Sent*, d 19,2,2, 1 qa 2, ad 2.

No encontraremos en el magisterio de Francisco una pneumatología bíblica, patristica o sistemática, al estilo de las pneumatologías de Congar, Hilberath, Mühlen, Durrwell, Sesboüe, Comblin y Boff, entre otros. Francisco no se dedica a exponer la historia y la evolución del dogma del Espíritu Santo, ni las controversias de Roma con el oriente cristiano sobre el origen o la procesión del Espíritu en el misterio trinitario (el *Filioque*)², ni las razones por las cuales el Espíritu Santo ha quedado oculto y debilitado en la Iglesia latina, como nos reprochan los teólogos ortodoxos, que nos acusan de “crístonismo”, es decir, de ocuparnos exclusivamente de Cristo³.

A Francisco le interesa más bien hablar del Espíritu como principio de vida en los fieles, en la Iglesia y en la sociedad. Para Francisco, el Espíritu es el motor y el dinamismo vital que nos llama a reformar la Iglesia. En este sentido, la teología del Espíritu de Francisco es pastoral y profética, y como todo profetismo, denuncia la realidad contraria a Dios, anuncia su proyecto y llama a la conversión personal y estructural.

Nuestra exposición constará de dos partes bien diferenciadas. En la primera parte, expondremos las referencias directas y explícitas al Espíritu, en los principales documentos del magisterio de Francisco, mientras que en la segunda parte investigaremos las referencias implícitas al Espíritu en su reforma profética de la Iglesia.

1. Magisterio explícito de Francisco sobre el Espíritu

¿Qué dice Francisco sobre el Espíritu en los principales documentos de su magisterio? Aunque sería necesario recorrer sus homilias diarias en Santa Marta, sus discursos en las audiencias semanales e incluso sus mensajes con ocasión del *Angelus* dominical, nos ceñiremos solamente a los escritos dirigidos a toda la Iglesia.

1.1. *Evangelii gaudium*

En *Evangelii gaudium* de noviembre de 2013, Francisco habla del Espíritu, no de forma abstracta y teórica, sino como dinamismo vital, que anima a la Iglesia y la hace pasar de una actitud pesimista, de desánimo (acedia), o simplemente empresarial, a una actitud de conversión y reforma, promoviendo una evangelización kerigmática, es decir, un anuncio alegre del evangelio.

2. Cfr. V. Codina, *Los caminos del oriente cristiano*, pp. 91-98 (Santander, 1997).

3. Cfr. N. Nissiotis, “Pneumatologie orthodoxe”, en *Le Saint Esprit*, pp. 85-105 (Genève, 1963); P. Evdokimov, *La connaissance de Dieu dans la tradition orientale* (Lyon, 1967).

El Espíritu guía al pueblo de Dios a la verdad (EG 119), está presente en la religiosidad popular (EG 126), nos moviliza para atender a los demás (EG 199), armoniza las diversidades (EG 230), produce frutos en el ecumenismo, fomentando un intercambio de dones del Espíritu entre las diversas Iglesias (EG 246), está presente en los ritos de los no cristianos y suscita en ellos sabiduría práctica (EG 254).

El capítulo V, *Evangelizadores con Espíritu*, es el que cita e invoca al Espíritu con más frecuencia. Los evangelizadores han de estar abiertos a la acción del Espíritu, el mismo Espíritu que en pentecostés infundió fuerza para anunciar la novedad del evangelio con audacia (EG 259). Hemos de invocar al Espíritu para que la acción evangelizadora no quede vacía y sin alma (EG 259), hemos de evangelizar no solo con espíritu, sino con el Espíritu Santo, el alma de la Iglesia evangelizadora, hemos de invocar al Espíritu para sacudir, renovar e impulsar a la Iglesia, en audaz salida evangelizadora, para evangelizar a todos (EG 261). La misión no es un proyecto empresarial, sino fruto del Espíritu (EG 279).

Este Espíritu, vinculado a Jesús resucitado, obra como quiere y cuando quiere. Por tanto, hemos de dejar que haga fecundos nuestros esfuerzos (EG 279). Hemos de tener una decidida confianza en Él, ya que viene en ayuda a nuestra debilidad (Rm 8, 26) y puede sanar lo que nos debilita en el empeño misionero. Citemos textualmente un párrafo en el cual Francisco nos transmite su experiencia espiritual.

Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar. Yo mismo lo experimenté tantas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos! (EG 280)

El capítulo acaba con una referencia a María, que con el Espíritu, está siempre en medio del pueblo (EG 284), el cual reconoce la presencia del Espíritu en los grandes y en los pequeños acontecimientos (EG 288).

Evangelii gaudium finaliza con una oración a María, que, movida por el Espíritu, acogió al Verbo de la vida y estuvo en pentecostés, aguardándolo, para que de Él naciera la Iglesia evangelizadora. Por eso, la oración le pide que nos consiga un nuevo ardor para llevar a todos el evangelio de la vida, que vence a la muerte, para que la alegría del evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz (EG 288).

Tras esta breve exposición, queda claro que Francisco, en *Evangelii gaudium*, no se expresa como un teólogo profesional de la pneumatología, sino como el

pastor, preocupado por la evangelización, que utiliza correctamente los datos de la revelación para fomentar la vida del pueblo.

1.2. *Misericordiae vultus*

Esta *Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la misericordia* (abril de 2015) es un texto breve, más trinitario y cristológico que pneumatológico: “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre” y, por eso mismo, nos revela su misericordia (MV 1).

Con todo, hay algunas alusiones al Espíritu. Al recordar que el jubileo es convocado a los 50 años de la conclusión del Vaticano II, afirma que el concilio fue “un verdadero soplo del Espíritu” (MV 4), que ayudó a derribar las murallas que durante mucho tiempo habían recluso a la Iglesia en una ciudadela privilegiada y la impulsó a evangelizar. El tema de la misericordia enlaza así con el deseo de Juan XXIII de que la Iglesia la privilegiara por encima de la severidad, y con la afirmación de Pablo VI de que la espiritualidad del concilio es la del buen samaritano (MV 4). De este modo, el tema de la misericordia remite al Vaticano II, fruto del Espíritu. Por esto, el papa afirma: “El Espíritu Santo que conduce los pasos de los creyentes para que cooperen en la obra de salvación realizada por Cristo, sea guía y apoyo del Pueblo de Dios para ayudarlo a contemplar el rostro de la misericordia” (MV 4).

Es decir, el Espíritu nos conduce a Cristo, rostro de la misericordia del Padre. Él nos lleva al Cristo compasivo y misericordioso, que nos revela que Dios es amor (MV 8), y nos hace comprender que la misericordia es la palabra clave de la Escritura para indicar el actuar de Dios hacia nosotros (MV 9) y que la misericordia es la viga maestra de la Iglesia (MV 10), una Iglesia que nos llama a ser misericordiosos como el Padre (MV 13).

La bula cita también el texto de Lucas que narra cómo Jesús actualiza la profecía de Isaías (61, 12), en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (MV 16).

De este modo, la bula declara la acción del Espíritu en la actitud misericordiosa y liberadora de Jesús, en la Iglesia que revela la misericordia divina y en los creyentes que contemplan el rostro de la misericordia en Cristo y son misericordiosos como el Padre.

Tampoco aquí aparece Francisco como doctor en pneumatología, sino como el pastor bueno y sabio, que invoca y recurre al Espíritu para conducir a la Iglesia por el camino de la misericordia.

1.3. *Laudato si'*

Si bien en los documentos anteriores Francisco se centra en la presencia dinamizadora del Espíritu en la Iglesia, en *Laudato si'* (mayo de 2015) se abre a lo cósmico y a lo ecológico, a toda la creación y a la interconexión con la totalidad. El punto de partida es trinitario. El Espíritu es el “lazo infinito de amor [...] íntimamente presente en el corazón del universo, animando y suscitando nuevos caminos” (LS 238). Toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria (LS 239), una trama de relaciones según el modelo divino, cuya consecuencia es que todo está conectado (LS 240).

El Espíritu llenó el universo con virtualidades que permiten que del seno de las cosas pueda brotar algo nuevo (LS 80). En cada criatura habita el Espíritu vivificante, que nos llama a una relación con Él y nos estimula a las “virtudes ecológicas” (LS 88), a una conversión y a una espiritualidad ecológica no desconectada de la naturaleza (LS 216), a un estilo de vida profético, que goce con lo poco, menos que más (LS 222), una espiritualidad que implica paz interior, ecología integral (LS 226), fraternidad universal (LS 229), con micro y macro relaciones, cultura del cuidado, protección de toda vida (LS 231), incorporando descanso y fiesta (LS 237), viajando hacia el sábado eterno, hacia la nueva Jerusalén (LS 243), con una mística que “siente ser todas las cosas Dios”, como afirmaba Juan de la Cruz (LS 234).

Dentro de la creación, la persona humana es templo del Espíritu y en la liturgia sacramental, a través de la materia, llega a unirse al Señor Jesús, hecho cuerpo para la salvación del mundo (LS 235). El Espíritu posee una inventiva infinita, propia de la mente divina, que provee desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables (LS 80). En la oración final, la encíclica pide:

Espíritu Santo que con tu luz orientas este mundo hacia el amor del Padre, y acompañas el gemido de la creación, tú vives en nuestros corazones para impulsarlos al bien. Alabado seas [...] Los pobres y la tierra están clamando: Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz para proteger toda vida.

En esta encíclica, Francisco incorpora dimensiones del Espíritu no habituales, ni en la teología ordinaria, ni en la pastoral. Esas dimensiones están fundamentadas trinitariamente: “El mundo fue creado por las tres Personas como único principio divino, pero cada una de ellas realiza esta obra común según su propiedad personal” (LS 238). Dentro de esta obra común trinitaria, Francisco reconoce, de modo especial, la obra del Espíritu. Todo ello no desde una preocupación dogmática y doctoral, sino pastoral. El papa desea que el Espíritu nos conduzca a una conversión y a una espiritualidad ecológica, que nos lleve a proteger toda vida y a preparar un futuro mejor, para que venga un reino de paz, de amor y de hermosura, como pide en la oración final del texto.

1.4. *Amoris laetitia*

Esta exhortación postsinodal sobre el amor en la familia, fruto de las sesiones sinodales de 2014 y de 2015, se enmarca, no casualmente, en el jubileo de la misericordia y los 50 años de la clausura del Vaticano II. En este contexto, aparece el discernimiento pastoral como nuevo paradigma. Así, se pasa del semáforo obligatorio para todos (verde o rojo), a la brújula que discierne lo mejor, en cada situación personal y contextual (J. Masiá).

Amoris laetitia refleja una Iglesia distinta a la Iglesia de la cristiandad. La diferencia la hace la atención que presta a la acción del Espíritu, que derrama el bien en medio de la fragilidad (AL 308). La pareja matrimonial refleja el amor trinitario del Padre, del Hijo y del Espíritu: “Este amor en la familia divina es el Espíritu Santo” (AL 11). Los esposos, en su mutuo amor, reciben el Espíritu de Cristo y viven su llamada a la santidad (AL 69). La bendición nupcial de los contrayentes, típica en la Iglesia oriental, es signo del Espíritu. El amor fuerte, derramado por el Espíritu en el sacramento del matrimonio, es reflejo de la alianza inquebrantable entre Cristo y la humanidad: “El Espíritu que infunde el Señor, renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó” (AL 120, cita de *Familiaris consortio* 94).

Pero la acción del Espíritu en el matrimonio y en la familia no se limita solo al matrimonio sacramental cristiano, sino que también se encuentra presente, vivo y actuante en las formas matrimoniales de otras tradiciones religiosas (AL 77). Su presencia y actuación se encuentra expresada de manera singular en el capítulo VII de la exhortación. Ahí se pide “acompañar, discernir e integrar la fragilidad”. En este contexto, Francisco hace una sincera confesión personal: “Creo sinceramente que Jesucristo quiere una Iglesia atenta al bien que el Espíritu derrama en medio de la fragilidad” (AL 308). Por eso, la Iglesia no renuncia al bien posible y a la lógica de la compasión, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino (AL 308).

Esta actitud es la que permite interpretar correctamente la controvertida nota 351, que abre la posibilidad de discernir si un divorciado vuelto a casar puede recibir la absolución y la comunión⁴. Esta nota ha sido muy mal interpretada por personas que no tienen en cuenta el contexto del Espíritu, en la lógica de la misericordia, ni el discernimiento pastoral.

4. AL nota 351: “En algunos casos, podría ser también la ayuda de los sacramentos. Por eso ‘a los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor’, Exhort ap *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 44; AAS 105 (2013), 1038. Igualmente, destaco que la eucaristía ‘no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles’ (*ibid.*, 47, 109)”.

La Trinidad y, por tanto, el Espíritu, están presentes en el templo de la comunión matrimonial (AL 314). Por eso, hay que invocarlo cada día (AL 320). Bajo su impulso, el núcleo familiar no solo acoge la vida, generándola en su seno, sino que también se abre, sale de sí, para derramar su bien en otros, para cuidarlos y para buscar su felicidad (AL 324).

Aquí aparece el Espíritu de nuevo, no desde preocupaciones dogmáticas, sino desde la pastoral, donde el Espíritu del amor trinitario se hace presente en el amor conyugal y familiar, y se derrama en situaciones de fragilidad humana.

1.5. *Gaudete et exsultate*

Esta exhortación pastoral (marzo de 2018) invita a todos los bautizados a vivir la santidad cristiana como consecuencia del bautismo, a la luz del concilio Vaticano II, que la proclamó vocación universal (LG V). En este empeño, hay que reconocer, ante todo, que la santidad es fruto del Espíritu Santo (GE 15, 177) y que cada santo es un mensaje del Espíritu (GE 21).

Frente a la tentación del pasado y del presente de reducir la santidad a ideología racional (gnosis) o a voluntarismo ético (pelagianismo), Francisco afirma claramente, de acuerdo con toda la tradición eclesial, que el Espíritu es quien nos renueva (GE 24), nos limpia y nos purifica (GE 53), y nos lleva a caminar en el amor (GE 57). En consecuencia, debemos dejarnos guiar por el Espíritu más que por razonamientos (GE 42).

Por otra parte, el Espíritu es fuente de gozo y alegría (GE 122), nos libera del miedo (GE 175), ilumina nuestra vida (GE 171), nos da aliento y coraje para servir y anunciar el evangelio como hicieron los apóstoles (GE 129) y no permite que nos convirtamos en un museo o en fósiles, ni que nos corrompamos (GE 58).

Hay que preguntar al Espíritu lo que Jesús espera de nosotros (GE 21) y discernir en silencio los caminos de santidad que el Señor nos propone (GE 149). Hay que pedir al Espíritu que infunda en nosotros un intenso deseo de ser santos para mayor gloria de Dios (GE 177).

Al recapitular estos cinco documentos del magisterio universal de Francisco, podemos concluir que, ciertamente, no ejerce el magisterio doctoral de los profesionales de la teología, ni pretende exponer una pneumatología científica y erudita, sino que su cátedra es la del magisterio pastoral: presenta al Espíritu como Señor y vivificador de la creación y la Iglesia, que nos llama a la santidad en el mundo actual (GE), nos impulsa y mueve hacia un nuevo y alegre anuncio del evangelio (EG), nos lleva hacia Cristo, rostro de misericordia del Padre (MV), da vida y alienta a toda la creación (LS), se hace presente en el amor de los esposos y de las familias (AL) y evita que la Iglesia se convierta en una pieza de museo o en posesión de unos pocos (GE).

Esta presentación pastoral del Espíritu está en completa sintonía con la fe y la tradición de la Iglesia, y es teológicamente irreprochable y ortodoxa. Veamos ahora la otra dimensión del magisterio pastoral de Francisco, la del Espíritu que habla por los profetas.

2. La presencia del Espíritu en el magisterio pastoral profético

Francisco va más allá de las afirmaciones teológicas sobre el Espíritu apoyado en el principio de que “la realidad es más importante que la idea” (EG 231). De esa manera, se lanza, movido por el mismo Espíritu, a una pastoral profética, en continuidad con el impulso de Juan XXIII, un impulso frenado en los dos últimos pontificados.

Frente al “ya no tengo más fuerzas” de Benedicto XVI, en su ejemplar y admirable dimisión pontifical, reflejo de una Iglesia sacudida por las olas de la tempestad, Francisco, movido por el Espíritu profético, realiza la triple dimensión de toda profecía auténtica: la denuncia, el anuncio y la reforma o la transformación, tanto eclesial como social. Aunque no enuncie, ni invoque explícitamente al Espíritu, este está presente y actuante en su pastoral profética como dinamismo, motor y novedad.

2.1. La denuncia profética

Francisco denuncia proféticamente los aspectos de nuestra sociedad contrarios al evangelio del reino: no a la economía de la exclusión y la inequidad, no a la economía que mata, no a la economía sin rostro humano, no al sistema social y económico injusto, que cristaliza en estructuras sociales injustas, no a la globalización de la indiferencia, no a la idolatría del dinero, no al dinero que gobierna en lugar de servir, no a la inequidad que engendra violencia, no a la violencia que se escuda en Dios para justificarse, no a la insensibilidad social que nos anestesia ante el sufrimiento ajeno, no al armamentismo y a la industria de la guerra, no a la trata de personas, no a cualquier forma de muerte provocada (EG 52-60). En el fondo, Francisco actualiza el mandamiento de no matar y de defender el valor de la vida humana. En Lampedusa, actualiza la pregunta de Yahvé a Caín: “¿Dónde está tu hermano?”.

En *Laudato si'*, ante la contaminación y el cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, el deterioro de la calidad de la vida humana y la degradación social, Francisco denuncia la existencia del paradigma tecnocrático homogéneo y unidimensional, el cual se ha impuesto a la humanidad con nefastas consecuencias ambientales y sociales (LS 101-110), sin que los dirigentes políticos se animen a controlarlo y a cambiarlo por otro paradigma más humano y social.

Además de denunciar proféticamente a la sociedad, Francisco critica las actitudes de los cristianos y de la Iglesia contrarias al evangelio: no a la mundanidad

espiritual, no a la acedia (o apatía) pastoral, no al pesimismo estéril, no a los profetas de calamidades, no a los desencantados con cara de vinagre, no a los cristianos tristes con cara de funeral o de cuaresma sin pascua, no a la guerra entre nosotros, no dejarse robar la comunidad, el evangelio, el ideal del amor fraterno, la fuerza misionera, no a los que piensan que nada puede cambiar, no a una Iglesia encerrada en sí misma y autorreferencial, no a una obsesión moralista que olvida el anuncio gozoso del evangelio, no a los pastores que se creen príncipes de la Iglesia y están siempre en los aeropuertos, no al clericalismo, no a los que desean volver al pasado anterior al concilio, no a la falsa alegría, no a los que convierten los sacramentos en aduanas y la confesión en una sala de tormento, no a coartar la fuerza misionera de la religiosidad popular que es fruto del Espíritu, no a convertirnos en expertos en diagnósticos apocalípticos, no a reducir el evangelio a una relación personal con Dios y a una caridad a la carta, no a una religión reducida al ámbito privado y a preparar almas para el cielo. No es suficiente no caer en errores doctrinales, si somos pasivos o cómplices de la injusticia y de los gobiernos que la mantienen...

A finales de 2014, Francisco dirigió la alocución habitual a la curia vaticana, pero esta vez, tras unas palabras de gratitud por el trabajo realizado, le lanzó una dura advertencia sobre las quince enfermedades que amenazan a los curiales: sentirse inmortales, inmunes a toda crítica, indispensables: la patología del poder; excesivo activismo en detrimento de otras dimensiones humanas necesarias; fosilización mental, que conduce a falta de sensibilidad humana ante los problemas de los demás e impide llorar con los que lloran y reír con los que ríen; excesiva planificación y funcionalidad burocrática; mala coordinación con otros grupos; alzhéimer espiritual, que olvida las raíces de la propia identidad y esclaviza ante ídolos fabricados por nosotros mismos; rivalidad y vanagloria; esquizofrenia existencial, que produce una doble vida y lleva a la hipocresía; chismes y murmuraciones; divinización de los jefes para obtener su benevolencia; indiferencia ante los problemas de los demás; arrogancia y rigidez adusta; ansia de acumular bienes materiales; círculo cerrado de poder; exhibicionismo y búsqueda de poder.

Muchos sectores de la Iglesia se alegraron de estas proféticas palabras de Francisco a la curia vaticana, que recuerdan las invectivas de Jesús contra los escribas y los fariseos. Al final de su alocución, Francisco dijo que esas amenazas no solo se cernían sobre la curia, sino también sobre la Iglesia, las comunidades, las diócesis y las curias episcopales, las parroquias, las congregaciones religiosas y los movimientos eclesiales.

Más aún, aunque las advertencias de Francisco se apoyan en la fe cristiana y se dirigen a miembros de la Iglesia, sus líneas fundamentales tienen una validez más amplia y se pueden aplicar también a los dirigentes de la sociedad civil: a los líderes políticos y sociales, a los dirigentes del estamento militar y policial, a

los funcionarios de justicia, a las autoridades académicas y universitarias, a los médicos, a los empresarios y profesionales del comercio, a los científicos y los técnicos, a los jefes de los sindicatos y las agrupaciones cívicas, a los diversos movimientos sociales, populares y deportivos.

2.2. La vuelta a lo esencial

Los profetas de Israel, después de denunciar las injusticias y las idolatrías del pueblo, anuncian la buena nueva del proyecto de Dios, es decir, anuncian buenas noticias. Francisco, ante la difícil y crítica situación de la Iglesia heredada, no acentúa lo dogmático, lo jurídico y lo moral, sino que cambia ese paradigma por otro pastoral.

Así, pasa del dogma al kerigma y a la mistagogía, es decir, pasa de la enunciación de verdades de fe, irrenunciables, pero insuficientes si no hay previamente un acercamiento a Jesús de Nazaret, al anuncio y al encuentro personal con Jesús, el Señor, muerto y resucitado para salvarnos. Francisco desea que la fe sea, ante todo, una experiencia espiritual de encuentro, a través del evangelio, con Jesús el Cristo, tal como aconteció a los primeros discípulos.

En este sentido, el comienzo de la vida cristiana implica una mistagogía, es decir, la iniciación en la experiencia espiritual del misterio de Jesús. Francisco asume y repite unas lúcidas palabras de Benedicto XVI: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (EG 7, cita de *Dios es amor* 1).

Francisco pasa del moralismo al discernimiento, es decir, de la imposición de leyes universales e intocables para todos desde arriba, a la invitación a discernir pastoralmente, teniendo en cuenta los contextos culturales, sociales y personales de cada creyente. La exhortación postsinodal *La alegría del amor*, especialmente, el controvertido capítulo VIII, es un ejemplo de esta actitud, tal como hemos visto.

Asimismo, pasa del rigor y la severidad, típicas de la pastoral del miedo, al anuncio de la misericordia como la esencia de Dios Padre, reflejada en el rostro de Jesús. La bula de Jubileo de la misericordia, *Misericordiae vultus*, es el ejemplo más claro. Es la revolución de la ternura, del amor y de la misericordia⁵. Los repetidos gestos de abrazar a los niños, los ancianos, los enfermos, los mendigos, los encarcelados, etc., reflejan esta actitud de misericordia y constituyen una verdadera pastoral del abrazo.

5. W. Kasper, *El papa Francisco. Revolución de la ternura y el amor* (Santander, 2015).

Francisco retoma el tema de la Iglesia de los pobres, anunciado por Juan XXIII, y reafirma que la opción por los pobres es evangélica (EG 198) y que los pobres ocupan un lugar privilegiado en el pueblo de Dios (EG 197-201). Más aún, pide abrazar a Cristo en la carne de los pobres. En esta misma línea, considera la religiosidad y la piedad popular como un lugar teológico.

Consecuentemente, el papa pasa de la pneumatología a la espiritualidad y de la eclesiología a una nueva eclesialidad, a un nuevo estilo de ser Iglesia, más acorde con el estilo de Jesús de Nazaret. Nuevamente, aparece aquí con claridad que Francisco no ejerce la cátedra del teólogo académico, sino la cátedra pastoral que busca el bien del pueblo de Dios. Más concretamente, la reforma de las personas y de las estructuras eclesiales.

El papa no pretende defender o propagar una nueva pneumatología o una nueva eclesiología, ni establecer la conexión entre ambas, sino reformar la Iglesia, tanto hacia dentro como hacia afuera. La pneumatología y la eclesiología pastoral de Francisco son proféticas y se resumen en una sola palabra: reforma. Esto nos introduce ya en el tema de la transformación o la reforma de la Iglesia.

Antes de explorar el tema de la reforma eclesial, conviene señalar que Francisco da mucha importancia al paradigma mariano, que sintetiza los elementos ya señalados. El encuentro con María (EG 284-288) puede simbolizar la ruta pastoral de Francisco. María aparece como el icono femenino del Espíritu y de la Iglesia, un icono estrechamente vinculado con el caminar del pueblo. María está siempre en medio del pueblo (EG 284). Cristo nos lleva a María (EG 285) para que ella continúe con nosotros la revolución de la ternura y del cariño empezada con Jesús, para que camine y luche con nosotros y derrame la cercanía del amor divino (EG 286).

Así, pues, María es, para Francisco, el modelo del itinerario eclesial (EG 288). El pueblo encuentra en ella la ternura femenina de Dios, el rostro materno de la Iglesia, el aliento y el consuelo de la *ruah* divina, el estilo de la evangelización, el don de Jesús al pueblo, y el amor y la alegría para los pequeños y los pobres. María, mujer del pueblo, simboliza y encarna el nuevo paradigma pastoral de Francisco. La fe del pueblo y la piedad popular se convierten en un lugar teológico privilegiado (EG 126).

2.3. La reforma eclesial

Los profetas de Israel no solo denuncian el pecado y anuncian la salvación, sino que también llaman a la conversión. Antes del concilio, Y. M. Congar publicó un famoso libro sobre las verdaderas y falsas reformas de la

Iglesia⁶, donde, en cuatro puntos, resume las condiciones para una verdadera reforma eclesial.

El primero es la primacía de la caridad y la pastoral frente a la postura teórica, ideológica y abstracta. No se trata de hacer otra Iglesia, sino hacer que la Iglesia sea otra. El desafío consiste en renovar la única Iglesia de Jesús. El segundo punto consiste en mantener la comunión con el conjunto eclesial, entre el centro y la periferia, entre la *urbs* y el *orbis*. No se puede actuar en solitario, sino como parte de la Iglesia *agere ut pars*. El tercer punto es la paciencia, evitar los apremios y la acción violenta, sin vacilar en lo ya decidido, ni exasperar a quienes padecen las urgencias de los cambios. El tiempo y la sabiduría son necesarios para hacer avanzar la reforma. Y, por último, impulsar una verdadera renovación para llegar a la tradición profunda y para no introducir la novedad mecánicamente. Es necesario volver a las fuentes, a lo originario y lo fundacional.

En el sínodo sobre la familia de 2015, Francisco declaró, en una importante intervención, que “el camino de la solidaridad es el camino que Dios espera de la Iglesia y del tercer milenio. Lo que Dios nos pide, en cierto sentido, ya está contenido en la palabra ‘sínodo’”⁷. Juan Crisóstomo define la Iglesia de la misma manera. “Sínodo es el nombre de la Iglesia”⁸, por tanto, sínodo e Iglesia son sinónimos. Sínodo no significa una asamblea de obispos, sino “caminar juntos”, es decir, el caminar de toda la Iglesia en comunión hacia el reino de Dios. Es una especie de pirámide invertida, conformada por el pueblo de Dios, el colegio episcopal y el sucesor de Pedro. Esta realidad así estructurada implica la relación y la comunión en todos los niveles de la Iglesia⁹.

De esa manera, Francisco reafirma la sinodalidad del pueblo de Dios. El Vaticano II ya había afirmado que los fieles poseen el sentido de la fe y la unción del Espíritu y, en consecuencia, son infalibles en el creer (LG 12). Así, pues, hay que escuchar al pueblo. De ahí que Francisco afirme que el camino sinodal comienza escuchando al pueblo, que participa de la función profética de Cristo,

-
6. Y. M. Congar, *Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1973). El original en francés es de 1950.
 7. Cfr. “Commemoración del 50 aniversario de la institución del sínodo de los obispos. Discurso del santo padre Francisco”. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151017_50-anniversario-sinodo.html.
 8. Juan Crisóstomo, PG 55, 493.
 9. C. Schickendantz, “La reforma de la Iglesia en clave sinodal. Una agenda compleja y articulada”, en L. Aranguren y F. Palazzi F. (eds.), *Desafíos de una teología iberoamericana incultrada en tiempos de globalización, interculturalidad y exclusión social. Actas del Primer Encuentro Iberoamericano de Teología*, pp. 429-464 (Boston, 2017).

según el principio de la Iglesia del primer milenio: “Lo que afecta a todos, debe ser tratado por todos”. La sinodalidad es la forma concreta de realizar la comunión eclesial¹⁰.

La sinodalidad supone reafirmar la colegialidad episcopal y la importancia y la comunión de las iglesias locales, muy cuestionadas por Juan Pablo II, en *Communio notio* (1992), escrita bajo la influencia del cardenal Ratzinger. Asimismo, implica la revalorización y la mejora de los sínodos diocesanos, regionales y universales, y del valor doctrinal de las conferencias episcopales, también cuestionadas por Juan Pablo II, en *Apostolos suos* (1998), elaborada bajo la dirección del mismo cardenal Ratzinger.

A largo plazo, la sinodalidad incluye la participación del pueblo de Dios en la elección de sus obispos, el reforzamiento del presbiterio de la iglesia local y del laicado y, singularmente, la mayor participación de las mujeres en la Iglesia. La comisión para estudiar el diaconado femenino es una buena señal en esa dirección. Asimismo, Francisco retoma la reforma del papado (*EG* 32), propuesta por Juan Pablo II, en *Ut unum sint* 95 (1995), y habla de descentralizar el gobierno de la Iglesia (*EG* 16) y de reformar la curia romana y el colegio de cardenales. En esa misma línea, la vida religiosa ha de evitar la auto-referencialidad y ha de abrirse a la sinodalidad eclesial¹¹.

Desde la sinodalidad, el ecumenismo adquiere un sentido y una actualidad nuevos, pues todas las iglesias caminan conjuntamente hacia la plenitud del reino de Dios. Los acercamientos a las iglesias ortodoxas de Constantinopla y Rusia, y los encuentros con las iglesias de la reforma y las anglicanas son una buena señal (Lund 2017, Ginebra 2018). Así, pues, el diálogo interreligioso forma parte de este camino sinodal común.

No podemos olvidar que la reforma sinodal afecta también a la sociedad, pues cada una camina con toda la humanidad, siempre iluminada por el Espíritu. La Iglesia desea participar de sus gozos y angustias (*GS* 1). De ahí la preocupación de Francisco por temas como la ecología (*Laudato si'* y el sínodo de 2019 sobre la Amazonía), la defensa de la paz y la justicia, los desplazados y los inmigrantes, y la apertura a los jóvenes (sínodo de 2018).

El impulso reformador de Francisco se resume en algunas de sus expresiones, que señalan por dónde debe caminar la Iglesia, guiada por la fuerza dinámica del Espíritu. Es su pneumatología pastoral.

-
10. Sobre la sinodalidad, la Comisión Teológica Internacional publicó un documentado estudio en mayo de 2018, en el cual reafirma que una Iglesia sinodal es una Iglesia participativa y corresponsable.
 11. Véase A. Spadaro y C. Galli, *La reforma y las reformas en la Iglesia* (Santander, 2016).

- *Puertas abiertas*: la Iglesia no es una cárcel, ni un museo, ni una fortaleza medieval amurallada, sino un hogar con las puertas abiertas y flores en las ventanas, que recibe a todos con amor y misericordia, vengan de donde vengan. A todos les ofrece una mesa con pan y vino.
- *Salir a la calle* para ir a las periferias y a las fronteras geográficas y existenciales, aun con el riesgo de accidentarse. Por eso, la Iglesia no añora el pasado, sino que se abre al futuro y a los signos de los tiempos, a los nuevos areópagos. Es una Iglesia en salida y en estado de misión.
- *Hospital de campaña* para salvar, para curar las heridas del sufrimiento humano y espiritual, para salvaguardar las vidas amenazadas de niños, mujeres, indígenas, ancianos y discapacitados, y para sanar las cicatrices de quienes sufren en su cuerpo y en su espíritu.
- *Iglesia de los pobres* y de los descartados por un sistema inhumano. Los pobres son los predilectos del Señor y un lugar teológico privilegiado.
- *Difundir el olor del evangelio*: hablar más de la gracia que de la ley, hablar más de Cristo que de la Iglesia, hablar más de la palabra de Dios que de la del papa, y mantener la jerarquía de verdades, la novedad del evangelio y la alegría de la pascua.
- *Oler a oveja*, en contraposición a las posturas clericales de pastores encerrados en sus despachos, alejados de la gente, y a funcionarios que buscan hacer carrera, en lugar de acercarse al pueblo y tocar la carne de Cristo en los pobres. La Iglesia está llamada a superar toda forma de clericalismo, de mundanización y de patriarcalismo.
- *Evangelizar con Espíritu*. La evangelización no es una pesada obligación, sino fruto de la alegría del evangelio y del Espíritu que impulsó a los apóstoles en pentecostés. Él alienta y mueve a la Iglesia de hoy para que prosiga la misión de Jesús.

Tras este largo recorrido, la presencia y la importancia del Espíritu en la vida y el magisterio de Francisco son evidentes. Su magisterio pastoral contiene afirmaciones claras y teológicas sobre el Espíritu. Su actitud profética está movida por el Espíritu y orientada a la reforma de la sociedad y la Iglesia. Su teología está inspirada por el Espíritu, que sopla donde quiere, que llena el universo, que es fuente de novedad y que siempre actúa desde abajo, desde Jesús de Nazaret y desde los pobres de la tierra.

Quienes acusan a Francisco de no ser un teólogo genuino por venir del sur, del fin del mundo, o que cuestionan su ortodoxia, en el fondo, lo que no aceptan, aunque no se atreven a expresarlo, es su dimensión pastoral. El problema no es el carácter académico de su teología, sino el pastoral y, sobre todo, que, a diferencia de la teología tradicional, elaborada desde los despachos y las bibliotecas de la

sociedad del bienestar, la de Francisco reflexiona sobre el pueblo y sobre sus sufrimientos y clamores.

La teología del Espíritu de Francisco no es una pneumatología académica, sino una teología profética y pastoral, elaborada desde abajo, desde los pobres. Esto es lo que cuestiona y molesta a muchos. Podemos aplicar a Francisco lo que el obispo poeta Pedro Casaldáliga afirma de Mons. Romero: “Los pobres te enseñaron a leer el evangelio”.

